



Nuestros deberes, lejos de Copenhague

Carlos Taibo

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid

Somos muchos los que pensamos que las medidas que organismos internacionales y gobiernos han introducido --y aquéllas que se aprestan a introducir-- en lo que se refiere a la lucha contra el cambio climático son manifiestamente insuficientes. Si hay que identificar al respecto un dato relevante, ése es el que nos recuerda que tales medidas, nada ambiciosas, antes parecen obedecer al objetivo de buscar nuevas oportunidades para el negocio privado que al propósito de encarar en serio, y con todas las consecuencias, la catástrofe medioambiental que se avecina.

De resultas, parece servida la conclusión de que en el Norte desarrollado estamos obligados a mover pieza en ámbitos alejados de esos dos --instancias internacionales y gobiernos-- a los que acabamos de referirnos. Conviene que recordemos que los movimientos que se han ido formalizando al respecto en los últimos años parecen vincularse con cuatro circunstancias importantes.

La primera de ellas es la reivindicación simultánea del compromiso individual y de la acción colectiva: mientras, por un lado, sin el compromiso individual muchos de los objetivos que nos fijamos son irrealizables, por el otro conviene subrayar que sin la acción colectiva a duras penas puede imaginarse el cambio de modelo de sociedad que preconizamos, con su consiguiente aceptación por segmentos cada vez más amplios de la población.

La segunda subraya que cada vez es más urgente plantear bien a las claras nuestras exigencias en lo que respecta a los sectores públicos de las economías: no basta, en otras palabras, con reivindicar lo público sin más --al fin y al cabo los dos últimos años, de aguda crisis financiera, se han traducido en activas fórmulas de intervención pública en provecho de impresentables intereses privados...--, sino que es preciso adjetivar el tipo de conducta que cabe esperar, en un escenario en el que, por añadidura, los cambios que reclamamos tienen que discurrir en muchos casos por el camino de la defensa de una propiedad pública socializada.

La tercera circunstancia de relieve la configura una doble tarea: si, de un lado, cada vez parece más urgente el engrosamiento de las redes sociales, del otro, y pese a todo, no debemos renunciar a una legítima, aunque muy a menudo estéril, presión sobre instancias ajenas a esas redes, y entre ellas los mentados organismos internacionales y los gobiernos de los diferentes Estados.

Mencionemos, en suma, una cuarta y última circunstancia, que nos habla del renacimiento de un proyecto de cariz hondamente libertario: a diferencia de lo que es común a las tradiciones leninista y socialdemócrata --la idea de que sólo corresponderá modificar las cosas una vez se haya alcanzado el poder, bien a través de una revolución, bien a través de las urnas--, la percepción libertaria llama la atención sobre la conveniencia, y sobre la utilidad pedagógica, de empezar a modificar las reglas desde el momento presente, abriendo espacios materiales, en paralelo, a las fórmulas que deseamos rijan la sociedad del futuro.

Si se trata de enunciar de manera más precisa cuáles son algunas de las medidas que necesariamente tenemos que impulsar, bueno será que empecemos con la mención de algo importantísimo: si las sociedades del presente, o al menos la mayoría de ellas, se hallan indeleblemente marcadas por la lógica de la producción, de la competitividad y del consumo, nuestro primer deber consiste en otorgar el peso que corresponde a la vida social y relacional. La satisfacción de ese objetivo será el escenario en el que cobrarán cuerpo todos los demás. En paralelo, una línea directora fundamental de todas nuestras acciones habrá de ser la primacía concedida a lo local frente a lo global. Al margen de recuperar un sinfín de formas de vida económica y social infinitamente menos lesivas para el medio, esa apuesta tendrá una dimensión política nada despreciable, en la medida en que a su amparo encontrarán un cauce adecuado la recuperación de la democracia directa, lejos de la delegación, y la autogestión. Importa sobremanera subrayar al respecto que buena parte de las agresiones al medio natural que han adquirido singular intensidad en los dos últimos decenios mucho le deben a un proceso, la globalización capitalista, que se emplaza en los antípodas de la reivindicación de lo local que acabamos de formular. Señalado lo anterior, conviene que dejemos constancia de algunas decisiones que, por fuerza, deberemos asumir/imponer si deseamos hacer frente al cambio climático en curso y a muchos de los desgraciados procesos que lo acompañan.

- Estamos en la obligación de pelear, antes que nada, por la reducción de la actividad productiva, y en su caso por la cancelación directa de esta última, de sectores económicos enteros que están en el origen del crecimiento espectacular operado por la huella ecológica y de la manifiesta insostenibilidad de las sociedades del Norte opulento. Estamos hablando, para entendernos, y sin ningún afán de exhaustividad, de la industria del automóvil, de la de la aviación, de la de la construcción, de la militar --naturalmente-- y de la de la publicidad. Si queremos reducir la huella ecológica, y estamos obligados a hacerlo en provecho de los derechos de las generaciones venideras, tendremos por fuerza que reducir en paralelo la actividad de muchos de los sectores económicos que consumen cantidades formidables de energía y materias primas.

- En paralelo con lo anterior, estamos obligados a trabajar, en cambio, en la expansión de las actividades económicas que, lejos de esos consumos extremos,

guardan una relación estrecha con la atención de un sinnúmero de necesidades sociales insatisfechas y, lógicamente, con el respeto del medio ambiente. A ello conviene sumar la recuperación de muchas de las prácticas --así, las propias de una agricultura ecológica-- que el proceso de abandono de lo local en beneficio de lo global ha contribuido poderosamente a erradicar.

- Otra de las tareas urgentes es la que reclama una apuesta por la reducción de las dimensiones de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte. Las exigencias son particularmente claras en lo que hace a este último. Piénsese en la lamentable pérdida de rumbo que se ha derivado de la construcción de tupidas redes de autopistas --vitales para abaratar, con recursos públicos, muchos de los procesos de desbocado transporte de bienes que han ganado terreno al abrigo de la globalización-- y de agresivas líneas ferroviarias de alta velocidad al servicio de una escueta minoría de la población, radicalmente desertizadoras del territorio y propiciadoras de notables agresiones medioambientales y altos consumos energéticos.

- Ante el inevitable recordatorio de que la reducción de la actividad de sectores económicos como los que hemos mencionado un par de párrafos más arriba se traducirá en un incremento inevitable en el número de desempleados conviene oponer dos soluciones. Si la primera ya la hemos reseñado --el desarrollo de las actividades que atienden a la satisfacción de las necesidades sociales y al respeto del medio--, la segunda no es otra que el reparto del trabajo. Frente a la lógica de un capitalismo empeñado en prolongar hasta extremos inimaginables las jornadas laborales hay que defender un horizonte distinto, de reducción drástica del número de horas trabajadas, conforme a lo que, por cierto, era una demanda permanente de los sindicatos de clase bastantes decenios atrás.

- En el terreno del consumo hay que pelear por la cancelación de todos los elementos configuradores de aquél que obligan a trabajar frenéticamente con la vista puesta en satisfacerlos. Hay que preguntarse, por ejemplo, qué porcentaje de las horas trabajadas es preciso para mantener un automóvil, y cuáles son, en paralelo, los beneficios reales que éste permite alcanzar. Como hay que preguntarse si no sería claramente preferible que los padres redujesen sus jornadas de trabajo para de esta suerte pasar las tardes con sus hijos, antes que trabajar de forma desmesurada para comprar a éstos juguetes costosísimos que a duras penas sustituyen --rara vez lo hacen, de hecho-- a los progenitores.

- La reducción sustancial que hay que operar en el número de horas trabajadas deberá abrir el camino a un ocio creativo que bien puede servir también, por cierto, para multiplicar los puestos de trabajo. Decimos que ese ocio debe ser creativo por cuanto debe romper la vinculación que el ocio tiene hoy, descaradamente, con el consumo. Habrá que hacer frente, en cualquier caso, y de mil maneras diferentes, al ocio alienante que hoy se nos ofrece por doquier.

- Aunque bien podríamos agregar otras muchas demandas, bastará con que, ahora, cerremos nuestra lista con el recordatorio de que hay que arbitrar fórmulas radicales que permitan encarar la crisis energética que se avecina por momentos. Frente al agotamiento progresivo de la mayoría de las materias primas

energéticas que hoy empleamos, y a su consiguiente e inevitable encarecimiento, habrá que plantear un horizonte vinculado con dos exigencias: si la primera nos habla de la necesidad inexorable de introducir fuentes de energía alternativas y renovables, la segunda reclama, sin más, reducciones significativas en los niveles de producción y de consumo en el Norte opulento.

Importa mucho subrayar que el despliegue material de propuestas como esta media docena que acabamos de enunciar sucintamente no está llamado a ejercer efectos negativos sobre el 'bienestar' y la 'felicidad' de las gentes. Apréciense al respecto que se trabajarán menos horas, se reducirán --en virtud de procesos inevitables de redistribución de la riqueza-- los ingresos de quienes más ganan, se prescindirá del consumo de un sinfín de bienes que ilustran más bien un estado general de infelicidad y se dispondrá de mucho más tiempo libre que hoy. Aunque no es muy relevante el nombre que decidamos darle a un proyecto de esta naturaleza, parece que el término 'decrecimiento', de progresiva instalación entre nosotros, retrata de forma razonablemente fidedigna el sentido de fondo de la propuesta. Conviene subrayar, eso sí, que ese decrecimiento del que acabamos de hablar no configura una respuesta a todos nuestros problemas. Más razonable resulta concebirlo como un aditamento --indispensable, eso sí-- a la propuesta anticapitalista que pervive a principios del siglo XXI. De esta suerte, bien podemos afirmar que no tiene sentido imaginar hoy, en el mundo desarrollado, un proyecto anticapitalista que no sea al mismo tiempo decrecimentalista, autogestionario y antipatriarcal. De carecer ese proyecto de alguno de estos tres añadidos, estaría acatando muchos de los elementos decisivos que convierten al capitalismo en una realidad que conviene dejar atrás. No es preciso agregar, claro, que el horizonte del que ahora nos reclamamos nada tiene que ver con lo que discuten en Copenhague instancias internacionales y gobiernos.

Terminaremos subrayando que no son mayores, pese a las apariencias, los problemas técnicos que suscitaría el despliegue material de un proyecto como el que nos ocupa; lo que resulta realmente difícil imaginar es que, en su crisis de estas horas, el capitalismo sea capaz de recuperar la añorada senda de un crecimiento ilimitado y de garantizar en paralelo la justicia más elemental para el presente y el bienestar para las generaciones venideras. El proyecto que nos interesa precisa, eso sí, de un radical cambio de chip mental que hay que convenir que no es en modo alguno sencillo. Parece lícito adelantar, sin embargo, que la acumulación de situaciones delicadas en la que estamos inmersos --crisis financiera, cambio climático, encarecimiento insorteable de los precios de las materias primas energéticas, sobrepoblación, expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres-- abre algunas ventanas de oportunidad, en la medida en que contribuye a colocar delante de los ojos realidades que en otros momentos han pasado inadvertidas. Bueno es que subrayemos que los cambios de percepción, de actitud y de conducta no sólo están llamados a afectar a los activistas de los movimientos sociales: pueden revelarse también en el caso de ciudadanos comunes que, no precisamente ideologizados, abran los ojos ante la doble condición de injusticia y exclusiones, por un lado, y de agresiones sin freno contra el medio, por el otro, que acosa al capitalismo. Y es que por momentos se hace evidente que la crisis a la que nos enfrentamos, múltiple, no afecta solamente a la versión desregulada de ese sistema: afecta al capitalismo como tal.